

## Prólogo

El sol se ocultaba.

Los últimos rayos iluminaban la llanura, abrasada y seca. Algún que otro matorral respiraba aliviado, reteniendo con fuerza las escasas gotas de agua que había podido recoger durante el día. La noche se acercaba, y con ella, los fríos vientos de la estepa. Allí se erguía un enorme árbol, una vieja encina, ya con poca vida. Dicen que fue ahí donde se inició todo...

A no mucha distancia existía un minúsculo pueblo, unas cuantas casuchas sin más, el último y pobre vestigio de la presencia de los romanos por aquellos lares. De hecho, luego de extraer la última riqueza que consideraron aprovechable, lo abandonaron a su suerte. Sea como fuere, los escasos habitantes que todavía resistían las duras inclemencias del lugar eran brutos y ariscos, muy propensos a la guerra y el combate, incluso entre ellos. Acaso el aburrimiento y el hambre fuesen la causa, ya que el alimento resultaba de hecho difícil de conseguir.

En este panorama desolador vivía un pastor con su mujer. Se encargaba de reunir las ovejas y las llevaba de un sitio a otro en busca de nuevos pastos. Siempre que podía, acababa cerca del gran árbol y se tumbaba bajo él, protegido de los enérgicos rayos del sol. Fue ahí donde se topó con una bellota, y la dio a su compañera. Ella la limpió sin decir nada y se dice que con esa acción empezó realmente todo. Porque le rogó que todos los anocheceres trajese una, como un pequeño regalo por el abandono diario que ella sufría. Y aunque con quejas, lo comenzó a hacer. Se trataba de una operación difícil, las bellotas escaseaban, pero lo prometido era deuda y logró hallar una; más tarde otra, y otra, y las guardó en su zurrón, y así continuó acumulándolas a partir de aquella fecha. Primero todas, después las escogía y las limpiaba, desechando las de peor estado.

La mujer, joven y lozana todavía, pensó que llegaría el tiempo en que el árbol acabaría por morir y él se quedaría sin sombra, la única sombra. Y procedió a sembrar las bellotas, enterrándolas con las manos. Hasta que el pastor la descubrió una tarde, soltó un suspiro y no tuvo más remedio que ayudarla con el cayado, con delicadeza y obediencia. De este modo, mientras sus parientes y vecinos abandonaban las tierras o se liaban a guerrear entre ellos, se quedaron con sus ovejas, y todos los amaneceres sembraban gran cantidad de simiente. Hasta que un mal día la mujer murió de enfermedad y él se quedó solo. Solo con sus ovejas. La enterró junto a la vieja encina y se comprometió a pasar el resto de su vida realizando su labor. Por ella. Y se marchó de su hogar, ya derruido; y un día, ya no volvió.

Pasaron los años y las bellotas empezaron a germinar paulatinamente. Los primeros retoños sucumbieron al calor abrasador, y también los segundos, pero no los terceros. Los vástagos luchaban por aparecer, los primeros alrededor del árbol y después más lejos; más tarde por doquier. El árbol, elegante de por sí, donó un nuevo brote verde, lleno de vida y se enderezó, desafiando al gran astro. Porque entonces llegaron las lluvias. Quizá, solo quizá, los nuevos matorrales y arbustos que iban emergiendo alrededor de las únicas plantas que existían, el atochar o la garriga, provocaron la aparición de tímidas nubes. La novedad es que las lluvias no fueron torrenciales como era habitual cuando caía agua, y las semillas no se malograron, sino que, posteriormente, se revelaron con todo su vigor.

De hecho, allí *surgió* una maravillosa historia...

---

# **PARTE I**

*“El Mundo no fue hecho en el tiempo, sino con el tiempo”*

San Agustín, siglo IV-V d.C.

## LARGOS ROPAJES EN LA LLANURA

Dédalo se hallaba agachado, bajo el árbol. Su cabeza cubierta por la capucha ocultaba su semblante. El *Encantamiento* le preocupaba. Tantos estudios, tanto esfuerzo y dedicación. Rayaba lo insano. Miró al chico, que descansaba, todavía dormido. Exponerlo al peligro era demasiado, lo reconocía, como también sabía que si aquello tenía éxito todo cambiaría. El lugar lo haría. Miró al horizonte y de nuevo a las ramas que se mecían entre susurros, como avisando. ¿Pero de qué advertían?

Continuó observando el nacimiento del soñado día, el Día del *Encantamiento* lo habían denominado. Les esperaba el triunfo más absoluto o el fracaso más estrepitoso...el *Crepúsculo*. Sentía nervios, el corazón palpitaba.

Y su pensamiento voló hasta el relato que le contaron sobre los inicios, hasta la llegada de Ginés y su prole, antes de que él mismo pusiese los pies en aquella tierra en evolución. Antes de todo y después de la nada.

---

Algunos años antes, en un día lluvioso de marzo, con uno de esos chaparrones que pocas veces visitaban la zona, apareció por el horizonte un grupo de proscritos. Venían de lejos, y se guarecieron después de numerosas andanzas en una de las cuevas con las que tropezaron, a los pies de un pequeño riachuelo que brotaba de entre las rocas. Ginés, su cabecilla, huía con su familia y simpatizantes, condenado en el Este por un funesto incidente. Tras meses de correrías y peripecias, y gracias a escabullirse de un destacamento militar que vagaba perdido, se les reveló la zona por azar. El Imperio todavía se presentía en las cercanías pero su otrora poder había menguado, aunque se resistía a darse cuenta de ello y trataba de abarcar lo imposible. Por eso fue una suerte que una centuria romana los empujase hacia aquel emplazamiento.

Poco después del hallazgo, decidieron quedarse un tiempo y lograron adecentar varias cuevas donde pensaban cobijarse. Acostumbrados a diferentes e inhóspitos lugares, a los cinco vástagos del cabecilla no les importaba soportar la humedad penetrante del interior de la caverna durante un tiempo. Julio, el mediano y más débil, y Mérinton, el primogénito, un rubio mocetón grande y fuerte, se turnaban para mantener el fuego encendido durante el día, evitando que el humo invadiese el interior del hogar. Mientras tanto, Ginés exploraba la zona junto a Aius, amigo y cabeza de otra de las familias. Descubrieron así que a partir de las cuevas se originaba un desfiladero que se estrechaba a poca distancia, precipitándose de forma inesperada en determinadas regiones y elevándose en otras zonas con paredes escarpadas o corroídas por la terrible erosión caliza. Además descubrió cerca nuevos y mejores materiales para un próximo hogar: piedras, rocas y barro con el que fabricar adobe.

—Por lo menos saldremos de estas grutas que se derrumban cuando menos se lo espera uno —comentaba Ginés a su compañero.

—Hay que buscar un sitio elevado —respondía Aius mientras descansaban tomando algo de comida del zurrón.

Fue en aquel momento cuando vieron asomarse por encima de sus cabezas, allá arriba, a los pies del barranco, la colosal y antigua encina. Su curiosidad los animó a buscar un camino para alcanzarla, aunque tuvieron que dar un rodeo que les llevó varias horas.

Entonces advirtieron el burro.

Se hallaba a un lado de la quebrada, comiendo de unos raquíuticos matojos medio secos. Llevaba alforjas y al parecer no marchaban vacías. Ascendieron a duras penas por un tramo que se desmoronaba menos que otros, pero a punto estuvo Aius de caer despeñado, de no ser por Ginés que le agarró por un brazo. Pero al llegar hasta el

animal, este decidió alejarse, y comenzaron una persecución en medio de rebuznos que habría podido avisar a la centuria entera si hubiese estado en las cercanías. No había nadie, por suerte, y dedujeron que debía de haber escapado de su dueño varias jornadas antes, de raquítico como se le veía.

—¡Ya tenemos asno, Ginés! —rugió Aius agarrando al pollino de las riendas.

El burro se giró y le lanzó una coz en un brazo que lo hizo voltear y a punto estuvo de nuevo de caer al vacío.

—Animal de bellota... —Se repuso el hombretón ayudado por su compañero, quien logró agarrar por fin a la bestia—. Yo era luchador en mis tiempos, te vas a enterar ahora. —Y le arreó un puñetazo en el morro que lo dejó tendido en el suelo, inconsciente, tal era su fuerza.

—Eres más bruto que las mismas bestias, jovencito —le reprendió su compañero.

Esa noche la pasaron bajo el gran ejemplar, y a la mañana siguiente regresaron los tres a las cuevas una vez despertó el pobre animal, que siguió mareado unos días y no se explicaba lo que había ocurrido.

—Le llamaré Rodrigo — resolvió Ginés cuando llegaban hasta los otros.

—Pues para ti para siempre.

Con Rodrigo se quedó el jumento, y duró hasta que las pestes de años posteriores se lo llevaron a la tumba.

Pocos días más tarde, los fuertes brazos que los acompañaban emprendieron su labor constructiva. Escogieron un lugar elevado cerca de la zona de las cuevas y allí tomaron el barro necesario que mezclaron con cañas troceadas. Además, el animal sirvió de bastante ayuda en esta fase, pues poco a poco se repuso de su debilidad y consiguió acarrear dócil los elementos más pesados. Se fabricaron unos moldes que

rellenaron con este barro y después lo secaron sobre el suelo limpio. Ginés era el que dirigía los trabajos, pero también fue el encargado de cavar las zanjas donde iría el soporte principal. Ninguno de los hijos se libró de acarrear piedra para rellenar el fondo, aunque Mérinton no perdió la costumbre de quejarse, sobre todo cuando su padre no le oía.

Añadieron posteriormente barro de la amalgama a la base, y después situaron cañas verticales sujetas firmemente para conformar la estructura de la pared. Tras varios intentos infructuosos, dieron con el punto adecuado para la mezcla, que alcanzó la suficiente calidad para resistir la elevación sin disgregarse. Las esquinas fue lo primero que se afianzó, colocando unas primeras hiladas de adobe antes de añadir cañas horizontales al armazón. De nuevo se trabajó con cuidado en los bordes, que se reforzaron con más cañas cruzadas, así como en el dintel de la puerta, los puntos clave. El techo, sin embargo, fue lo más complicado; pero Julio halló una tarde unas cañas más gruesas, flexibles y resistentes que sirvieron como vigas y evitaron roturas inoportunas en el entramado. La falta de madera alargó esta parte de construcción final; si bien el tesón dio su recompensa al esfuerzo y todos respiraron aliviados cuando, tras una tormenta, aquello soportó el envite sin apenas desperfectos ni goteras.

Cuando Ginés se cercioró de la resistencia de las improvisadas construcciones, el grupo abandonó las frías cavernas por unos hogares más confortables. Las nuevas casas se situaron alrededor unas de otras en busca de protección, en un lugar desde donde se divisaba la llanura y parte de las montañas del Norte. Aún no lo sabían, pero aquella ubicación iba a ser testigo de excepción de los cambios que se avecinaban.

Meses después apareció un caminante. Llegó cuando el día declinaba y el sol rayaba en el horizonte. Vestía una túnica oscura, con capucha, y portaba a la espalda un

pequeño equipaje. Un bastón le servía de apoyo. Su figura encorvada avanzaba lentamente, aunque no trastabillaba.

Al llegar ante el barranco, se paró y miró alrededor. Entonces se irguió cuan largo era, delgado como una vara de fresno, y se quitó la capucha, mostrando un joven semblante. Cerró los ojos e inspiró con fuerza, queriendo captar la esencia de la zona.

—Bien —dijo al fin—. Es un buen lugar.

Ginés lo recibió con desconfianza, aun así le invitó a cenar junto a ellos bajo el Viejo Árbol —nombre que decidieron utilizar al referirse a la vieja encina—, como solían hacer. El desconocido aseguraba proceder del Norte, donde las lluvias y bosques eran más abundantes y el mar bravo; pero ahora llegaba del Este, desde Tarraco.

—Me gusta viajar y conocer lugares nuevos, pero huyo de las multitudes —aclaraba buscando complicidad en los otros, sobre todo en las caras de Ginés y Mérinton—. Corren malos tiempos para el Imperio —comentó sin venir a cuento, a la vez que intentaba tragar la dura carne de conejo con que le habían obsequiado.

—¿Ah, es que hubo buenos tiempos? —soltó Ginés alzando una ceja mientras el hijo mayor afilaba y hacía chirriar con más saña un cuchillo enorme. Aius, que gozaba de unos puños como mazas, incluso mayores que su amigo el cabecilla, cruzó los brazos ante los ojos del joven, quien definitivamente ya no pudo ingerir el trozo de carne ni nada más.

Al visitante no le costó demasiado adivinar un sentimiento de animadversión contra todo lo *romano* e informó que había viajado a muchos otros lugares, fuera y dentro de las fronteras, y nunca se había aposentado largas temporadas.

—Hay que saber de todo, tanto lo bueno como lo malo. De todo se aprende.

El borrico dio un rebuzno y alguien gruñó ante esas palabras, aunque el invitado no logró averiguar el origen.

—¿Se marchará entonces? —preguntó deseoso Ginés, que no se andaba con rodeos.

—Me gustaría quedarme un tiempo por aquí, si no es mucha molestia —expresó tras unos instantes de vacilación y mirando fijamente a sus acompañantes—. No sé nada de ustedes, pero no me importa. Les ayudaré en todo lo que pueda sin meterme donde no me llaman. Y sin hacer preguntas —y aclarado esto, guiñó un ojo al cabecilla.

Éste, a pesar de su mal carácter, se quedó observando con el ceño fruncido al delgaducho ser que le hablaba tan francamente. Le caía bien el condenado, sí. Extraño, pero le caía bien.

Quedaron mirándose un rato, sin mediar palabra. Ginés, bajo y fornido, con unos brazos anchos y muy fuertes; su oponente, largo como una espiga, con una altura que sorprendía a todos.

—¿Y a quién hemos de admitir con nosotros? —concluyó Ginés irónicamente.

—Mi nombre es Dédalo.